

# La inseguridad como causa del racismo y la xenofobia

PILAR LLEDÓ REAL

Gabinete de Apoyo. Secretaría de Estado de Seguridad.  
Ministerio del Interior

19

## 1. EL EFECTO DE LOS CAMBIOS SOCIALES EN EL INDIVIDUO

En este siglo que estamos finalizando, se ha desencadenado en Europa en varias ocasiones, una fiebre destructiva contra los «otros», los «distintos», los «extranjeros». Me refiero en primer lugar a las dos guerras mundiales, que provocaron más de setenta millones de muertos, y una serie de secuelas irreversibles de terror, angustia, miedo, aniquilamiento y destrucción. Sabemos muy bien que todo este caudal de odio, esta furia destructiva, fue iniciado por unos pocos, en defensa de sus intereses particulares. Pero ello, no nos puede consolar, porque en el fondo significa que los sentimientos agresivos y los impulsos destructivos que forman parte de nuestra psique, pueden fácilmente ser manipulados y exacerbados de modo colectivo, sin que ningún control racional actúe para detenerlos.

Hoy, una nueva oleada de racismo y xenofobia recorre la Europa comunitaria, concretándose en un tipo de extranjeros determinados: los inmigrantes extracomunitarios, especialmente si son de otra raza, procedentes de países pobres, y vienen en busca de empleo.

No podemos olvidar tampoco cómo este odio al distinto, sea la etnia, la cultura o la religión lo que nos diferencia, ha desatado una violencia irracional completamente destructiva entre los pueblos de la antigua Yugoslavia y otros países del Este de Europa.

Como todo fenómeno irracional de masas, este nuevo ataque de racismo y xenofobia puede conducirnos a situaciones de unas dimensiones actualmente imprevisibles.

En efecto, si el Estado de derecho y las libertades constitucionales se quiebran para unos cuantos (los inmigrantes) somos todos los que estamos amenazados en nuestros derechos fundamentales, y si se ataca al Estado

democrático en sus propios fundamentos, es decir, la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, es la propia Democracia quien pelagra.

Para explicarnos estos sentimientos de racismo y xenofobia hay que recurrir a la sensación de inseguridad, angustia y miedo que hoy están más presentes de lo que suponemos en el seno de nuestra sociedad. Porque objetivamente nada justifica la sensación de amenaza que sienten muchos de nuestros conciudadanos ante el hecho de la inmigración.

Europa, durante el siglo XIX, envió más de cincuenta millones de europeos a otros continentes, que nos recibieron aceptando e incorporando a sus respectivas culturas la riqueza de nuestras costumbres, modos de producción, lengua y cultura.

En cambio, se estima que hoy, solo ocho millones de inmigrantes extracomunitarios residen en Europa; y en España, solamente ochocientos mil, de los que aproximadamente la mitad están legalizados. Casi todos ellos realizan trabajos de pésima calidad, y están peor pagados que los españoles. Como contrapunto, conviene recordar que hoy viven en Francia, Alemania o Suiza, aproximadamente ochocientos mil españoles e hijos de españoles.

Sin embargo existe un clima de inseguridad y miedo que demasiadas veces ha generado conductas agresivas y violentas de tinte racista o xenófobo.

¿De dónde puede proceder esta inseguridad y este miedo? En primer lugar, debemos ser conscientes del marco social en que se desarrolla nuestra vida.

Creo que no sólo en España, ni en Europa, sino en toda la cultura occidental, estamos viviendo momentos muy duros y difíciles.

En menos de tres años vamos a cambiar de siglo y de milenio, algo que muy pocas personas han tenido la posibilidad de vivir; ello convierte esta fecha en un símbolo que nos recuerda inevitablemente experiencias pasadas, en momentos similares.

No podría decir si a consecuencia de ello, o de modo paralelo, se están produciendo importantes y vertiginosos cambios en todos los campos de nuestra vida cotidiana, que nos hace vivir inmersos en la incertidumbre, la desconfianza, en definitiva en la angustia y el miedo.

Hay en marcha una revolución tecnológica, que está modificando la base material de la sociedad, el propio concepto del trabajo, la relación de unos trabajadores con otros, de las personas entre sí, y del individuo consigo mismo.

La sociedad de la información, o la nueva sociedad en red, hacia la que nos encaminamos, va a configurar en las futuras generaciones su concepto de la realidad, del amor, la moral, la ética, la política, es decir, todo aquello que resulta esencial a los seres humanos.

Estamos también en la era de la globalización: información globalizada, economía globalizada, cultura globalizada, ¿pensamiento también global?

Como dice Savater en *El valor de educar*.<sup>1</sup>

«Vivimos en un mundo globalizado, pero queda mucho por globalizar. Se globalizan los flujos económicos, especulativos, la geoestrategia de las fuerzas productivas, el comercio de armas, las telecomunicaciones, el transporte y la cultura, pero no se globaliza el interés por los derechos esenciales de la persona humana. El mundo se unifica en cuanto a tarjetas de crédito, en información, en el mercado, pero no afronta de modo global el hambre, la guerra, la superpoblación, la protección medio-ambiental, las libertades públicas, o la lucha contra la discriminación racial o sexual».

¿A qué se debe este desajuste? Los especuladores financieros, los industriales en busca de mercados atractivos y mano de obra barata, saben muy bien lo que ganan mundializando su campo de operaciones. En cambio los políticos nacionales sólo ven inconvenientes en la globalización, a escala de humanidad de sus áreas respectivas: pérdida de poder personal, puesta en cuestión de los privilegios de los países ricos, necesidad de buscar una identidad común no basada en el antagonismo con los vecinos.

Además, si los derechos humanos fuesen universales, la globalización de la economía y de la información, basadas en el aumento de ganancias y poder de unos pocos, no sería factible con la docilidad ahora vigente.

Juan Carlos Tudesco, en *El nuevo pacto educativo*, afirma: «Internet nos permite interactuar con personas que están a kilómetros de distancia, mientras los prejuicios raciales, étnicos y culturales nos impiden dialogar con el vecino».

También estamos viviendo cambios profundos en los ámbitos más íntimos de nuestra vida cotidiana, como la incorporación de la mujer a la vida pública, la transformación del concepto de familia, el nuevo enfoque de las relaciones sexuales y la necesidad de consolidar una democracia, que durante estos años hemos vivido como la materialización de nuestro sueño más hermoso, pero que día a día vamos comprendiendo que, porque nos hace más libres, también nos exige mayor responsabilidad, ante los nuevos problemas colectivos que van haciéndose patentes y a los que es necesario dar respuesta.

Todos estos cambios generan ansiedad y miedo que puede llevarnos a cuestionar el sentido de nuestra identidad personal y colectiva, especialmente si nos dejamos llevar por los acontecimientos, sin pararnos a pensar de modo crítico; pero el ritmo de vida que llevamos nos deja muy poco tiempo para la reflexión. La prisa se ha convertido en una forma de comportamiento habitual y la mitificación del éxito y el temor al fracaso constituyen la clave de nuestra existencia y por lo tanto también del empleo de nuestro tiempo.

La complejidad de la estructura social actual potencia el aislamiento de las personas y las familias. Las relaciones de grupo son superficiales y poco frecuentes, ya que nada en el hábitat está planificado para favorecerlas. Se están perdiendo valores tan importantes como el de la solidaridad, la comunicación interpersonal, se están deshumanizando las costumbres, mientras que la tecnología invade nuestra vida.

No son pocos los niños y adolescentes que sustituyen las relaciones con los amigos por las relaciones con el ordenador, con el que establecen un tipo

1. SAVATER, Fernando. *El valor de educar*. 8ª edición. Barcelona: Ariel, 1997.

de competencia, que sustituye al proceso lógico de socialización que se realizaba antes con los compañeros de juego o la pandilla.

De igual manera la televisión aporta continuamente imágenes de agresión y violencia, al tiempo que impide la comunicación en el seno de la familia.

Quizás, nunca como ahora, en esta sociedad, el ser humano ha estado más informado y al tiempo más solo. Ajeno a los demás, y sobre todo ajeno a sí mismo, perplejo ante el mundo y perplejo ante sí, sin comprender que la información sin teoría es un obstáculo para el pensamiento, tanto como la carencia de la misma.

Como dice Savater en la misma obra referenciada anteriormente:

«Vivimos en una sociedad que debe defender unos valores que, sin embargo, están al mismo tiempo cambiando en función de los nuevos problemas que surgen día tras día. Ahí están, sin ir más lejos cuestiones como la biogenética o la emigración, que exigen respuestas inmediatas.

«Lo que hay que defender es una educación que potencie la capacidad de reflexionar, de dialogar, de discutir, de pensar con independencia».

Sin embargo, el progreso, al llevar consigo grandes cambios, tiende a fomentar la necesidad de seguridad respecto al presente y al futuro, tratando de evitar cualquier riesgo. El miedo a lo imprevisto, a lo diferente, hace que socialmente se equipare la idea de felicidad a la de tranquilidad, a la carencia de riesgos, a la inmovilidad.

Cuando estas cosas pasan a gran escala, importantes grupos humanos tienden a buscar su identidad no en ellos mismos, ni en lo que hacen, sino en lo que les dicen que son. Este es un terreno abonado para los fundamentalismos de todo tipo, las bandas de delincuentes armadas, la violencia del racismo, y el individualismo nihilista que niega a las sociedades la capacidad de conformar su futuro.

Necesitamos contemplar también los factores psicológicos y sociológicos que fomentan la inseguridad y el miedo y, por tanto, la agresividad y las agresiones.

En estos momentos de confusión en que vivimos, los individuos buscan normas o pautas de conducta que les den seguridad en su aislamiento, que no les mantengan en la incertidumbre. La búsqueda compulsiva de la certidumbre, tal como la encontramos, por ejemplo, en los escritos de Lutero, no es la expresión de la búsqueda de la verdad, sino que tiene su raíz en la necesidad de vencer una duda insostenible. La solución que proporciona Lutero es análoga a la que encontramos hoy en muchas personas: encontrar la certidumbre, eliminando el yo individual aislado, para transformarse en un instrumento en manos de un poder mucho más fuerte y exterior a él. Para Lutero este poder era Dios y en el hombre moderno, lo que piensa, cree y opina la mayoría de su entorno vital. Es decir, se apoya en ideas preestablecidas, que llegarán a convertirse en ideas fanáticas, características del carácter autoritario.

El *ser autónomo*, al contrario, al estar seguro de sí mismo, puede tolerar las dudas, los cambios y las incertidumbres de su vida. Ello le permite ser tolerante, aceptar las diferencias y creer en el prójimo.

Se define como autonomía personal aquella situación en la que el individuo se siente capaz de afrontar su propia existencia, y dirigir su vida y tomar decisiones en función de sus propios criterios.

## 2. ELEMENTOS INHIBIDORES DE LA AUTONOMÍA PERSONAL

Pero el ser humano se encuentra ante dos tipos de factores que dificultan su autonomía personal: unos actúan de modo individual, como los prejuicios personales, las necesidades primarias y no primarias; las normas, las ideas establecidas y los fanatismos le afectan socialmente.

Estos elementos inhibidores colectivos son la sociedad individualista, la tendencia al uniformismo social, las dependencias y los sentimientos. Voy a intentar explicarlos brevemente.

### a) Los prejuicios personales

Son opiniones que una persona tiene sobre sí misma y sobre los demás, carentes de análisis crítico y que acaban convirtiéndose en prejuicios que limitan su vida. Por ejemplo, «los parados son unos vagos que no quieren trabajar», «los gitanos son delincuentes», o «las mujeres son menos capaces que los hombres».

### b) Las necesidades primarias y no primarias

Maslow<sup>2</sup> consideró que existe una pirámide de primeras necesidades en el ser humano, que aparecen o no, según estén o no satisfechas las restantes necesidades.

En el primer lugar de la pirámide sitúa la *necesidad de seguridad*. Esta seguridad suele ser siempre más subjetiva (producto del miedo y la inseguridad del individuo) que objetiva (basada en peligros o amenazas reales).

En segundo lugar la *necesidad de pertenecer a un grupo*. Sentir el apoyo del grupo, que reduce el nivel de incertidumbre y le proporciona seguridad en cuanto a sus creencias y actitudes fundamentales.

En tercer lugar la *necesidad de estima*, es decir, sentirse aceptado y valorado por el resto del grupo. Pero ¿cómo se realiza esta aceptación?

El ser humano no sólo compra y vende objetos en el mercado, sino que se vende a sí mismo en este mercado, y es el mercado quien fija el valor de las

2. MASLOW, Abraham H. *El hombre autorrealizado: hacia una psicología del ser*. 11ª edición. Barcelona: Kairós, 1995.

cualidades humanas que mejor venden. Así, hoy se valora que la persona sea joven, agradable, dinámica, competitiva, etc. Mi valor depende de lo que los demás piensen de mí. Si me buscan, soy alguien, si no tengo éxito, simplemente no soy nadie, no existo.

Además de estas necesidades primarias, la sociedad va inculcando al individuo deseos, aficiones, comodidades que acaban por resultar imprescindibles.

El consumismo, del que depende el equilibrio económico de la civilización, condiciona los hábitos y costumbres del ser humano en torno a la necesidad de poseer cosas, más aún, a la necesidad de poseer personas.

Socialmente no se condiciona al individuo para necesitar y esperar amor, sino para necesitar y esperar seguridad, y lo consigue por la obtención de propiedades.

A veces el matrimonio se plantea, inconscientemente, como un soborno social que mantiene el compromiso de uno con el otro, respecto a poseerse mutuamente.

La afectividad posesiva basa su relación en tener al otro como elemento de propiedad. Pero no sólo al compañero o compañera, también a los hijos y a veces a los amigos. Estas actitudes posesivas expresan sobre todo miedo e inseguridad. Miedo a la soledad e inseguridad en uno mismo para afrontar cualquier situación cambiante.

En este mismo sentido actúan las *normas o pautas de comportamiento*. El individuo busca unas normas fijas que le den seguridad. La inseguridad que proviene de las dudas que tiene la persona acerca de sus propias decisiones, hace que conviertan las pautas de comportamiento social en propias. Cuando llega a este punto, pierde la capacidad de improvisar una vida de forma personal, de tomar decisiones con libertad y, sobre todo, de relativizar las opiniones comúnmente aceptadas.

Junto a estas pautas de comportamiento que son las normas, encontramos las pautas de pensamiento o *ideas establecidas*.

Estas personas, no autónomas, no son capaces de replantearse sus ideas o criterios de modo crítico, que acaban convirtiéndose en ideas fanáticas.

Y la persona fanática no admite a los que sean diferentes a ella, o tengan ideas distintas, porque sería tanto como dinamitar los frágiles cimientos en que se apoya su falsa seguridad.

Pero curiosamente, la misma sociedad que fomenta el individualismo, potencia la *uniformidad*. Ya hablábamos al principio de esta tendencia a la globalización de la economía, de la información, o de la cultura, según determinados intereses, que para nada significan potenciar al ser humano en sí mismo y en su relación con sus semejantes.

Todo está pensado para que cada día todos seamos más uniformes: las campañas de publicidad, la información que recibimos, los modelos que se ajustan a esa conformidad social y por lo mismo triunfan en la vida.

El hombre moderno vive bajo la ilusión de saber qué quiere, cuando en realidad desea lo que se supone (socialmente) que ha de desear. Incluso está

dispuesto a enfrentar graves riesgos para lograr los propósitos que se supone son suyos, antes que arriesgarse a plantearse sus propios fines.

Como vive en un mundo con el que ha perdido toda relación verdadera y en el que las personas y las cosas, incluso él mismo, sólo son instrumentos para objetivos de otros, piensa, siente y quiere lo que cree que los demás suponen que debe pensar, sentir y querer.

Las *dependencias* son elementos que impiden tanto la autonomía personal como la seguridad. Por lo tanto la seguridad del individuo supone la capacidad de sentirse independiente.

La persona con escasa seguridad personal tiene excesivamente en cuenta la opinión de los demás, por ello trata de agradar a todos y expresa las opiniones que cree son más adecuadas en cada circunstancia. Llega un momento en el que es como una frágil barca, a merced del oleaje. Ni ella misma sabe lo que realmente es, piensa y quiere.

Por último, en el área de los sentimientos, se produce un enfrentamiento entre seguridad personal y seguridad situacional. Cada vez más la sociedad tiende a eliminar los sentimientos.

La búsqueda de seguridad supone evitar el riesgo e inevitablemente los sentimientos colocan al individuo en situación de riesgo, ya que pueden verse no correspondidos, frustrados o contrariados, por lo tanto hay que eliminarlos.

Ser «emotivo», «sensible», se ha vuelto sinónimo de ser desequilibrado. Uno de los sentimientos más reprimidos en esta sociedad es el sentido de lo trágico. La enfermedad, la miseria, la vejez y la muerte, constituyen algo impúdico. Hay que esconderse, lo mejor posible en sanatorios, construyendo muros que no dejen ver las chabolas, echando a los pobres y los inmigrantes de los centros de las ciudades, aislando a los viejos en asilos y disimulando la muerte en tanatorios funcionales.

Así se ha perdido el sentimiento de solidaridad, basado en la complicidad mutua, ante nuestra común finitud.

Al principio ya hemos dicho que el ser autónomo está contrapuesto al carácter autoritario, que nada tiene que ver con la persona que ejerce la autoridad. Etimológicamente, *autoridad* viene del verbo latino *ango*, que significa «ayudar a crecer», no mandar mucho, ni imponer nada. El carácter autoritario que huye de su impotencia y su miedo, refugiándose a veces en el fanatismo, tiene, muchas veces, su correlato en lo que en psicología se denomina carácter sádico.

En este tipo de carácter existen tres tendencias:

- la necesidad de someter a los otros, a una forma tan ilimitada y absoluta de poder, que reduzca a los sometidos a meros instrumentos en sus manos;
- el impulso, no sólo a mandar de forma autoritaria sobre los demás, sino a explotarlos, a exprimirles todo aquello que puede beneficiar a la *autoridad*;
- el deseo de hacer sufrir a los demás, de modo físico o psíquico, con el objetivo de castigar a los otros, humillarlos, hasta anular completamente su personalidad.

El rasgo más importante del carácter autoritario es su actitud hacia el poder. Para él, solo hay dos clases de personas: los poderosos y los que no lo son. El poder les fascina, en tanto que poder, y ante él se someten completamente. Del mismo modo, las personas o instituciones que carecen de él, son objeto de su más absoluto desprecio. La presencia de personas indefensas hace que surja en él el deseo de atacarlas y humillarlas.

Existe un rasgo en el carácter autoritario, que puede engañarnos, pues a veces tienden a desafiar a la autoridad, sobre todo si intentan interferir en sus propósitos. De ahí que en este tipo de agresiones racistas y xenófobas consigan, al mismo tiempo, realizar sus principales tendencias: humillar y atacar al desvalido, y desafiar el poder establecido institucionalmente.

Otra característica de este tipo de carácter es su tendencia a la destrucción. La destructividad representa una forma de huir del insoportable sentimiento de impotencia, y se dirige a eliminar todo aquello con lo que el individuo pueda compararse y ponga en riesgo su seguridad, sean personas físicas o ideas contrarias a las suyas.

### 3. CONCLUSIÓN

Decíamos al principio que cuando se ataca la igualdad de derechos y deberes de todos los seres humanos, en definitiva se está poniendo en cuestión los principios de la Democracia y la tesis mantenida a lo largo de este texto, es que el ser humano, en la actualidad, se ha liberado de muchísimas ataduras, gracias al avance de la ciencia y la tecnología, y ha conseguido un mayor grado de libertad, precisamente por el establecimiento de sistemas democráticos, al menos en el mundo occidental, pero al mismo tiempo se ha vuelto impotente y angustiado, extraño a sí mismo y los demás.

La democracia responderá a sus fines si logra constituir una sociedad en la que el ser humano, su desarrollo y felicidad constituyan el fin y el propósito de la cultura, en la que la vida no deba justificarse por el éxito, o por cualquier otra cosa, y en la que las personas no sean consideradas como mercancías, objeto de manipulaciones por parte de ningún poder.

Pero estos ideales no pueden separarse de la base material de la existencia humana, de la estructura económica, política y social de la colectividad. Hoy no podemos perder, sin sufrir graves prejuicios, ninguna de las conquistas fundamentales de la democracia moderna, ya se trate de un gobierno realmente representativo o de cualquiera de los derechos garantizados a todos los ciudadanos por la Declaración de los Derechos del Hombre.

Ni podemos hacer concesiones con respecto al principio democrático según el cual ningún ser humano deber ser abandonado a la miseria –pues la sociedad es responsable de todos sus miembros– ni al miedo ni a la sumisión, o condenado a perder el respeto de sí mismo, a causa de carecer de trabajo, del miedo a la pobreza, o de sentirse inferior a los demás.

El único criterio acerca de la existencia de una verdadera democracia es la participación activa y responsable de todos, en la determinación de su propia vida y de la sociedad de la que forman parte, entendiendo que esta participación no se reduce al hecho de votar, sino que incluye su actividad diaria, su trabajo y sus relaciones con los demás.

Hay una sola manera de definir la verdadera diferencia entre fascismo y democracia. La democracia es un sistema que crea las condiciones económicas, políticas y sociales que posibilitan el desarrollo del ser humano y su relación armónica con los demás seres humanos. Mientras que el fascismo, no importa el nombre que adopte, subordina la persona a intereses exteriores a ella, tiende a debilitar su crecimiento personal e impide, por todos los medios, que las personas se encuentren, se comuniquen y se impliquen colectivamente en un proyecto común.

Solamente así el ser humano se sentirá seguro y feliz y, por lo tanto, seremos mejores. Como dice el viejo proverbio chino: «soy bueno porque soy feliz, no soy feliz porque soy bueno».